

Adorno de sal, figura de luminosos rayos, paso secreto de los moldes de mi mano sobre las flores decapitadas, apenas filtradas al despertar, de las nieves perdidas en los cementerios, en las estaciones solitarias, en el cuerpo por el que aún resbalan las lágrimas del crimen silenciado. Y el vals amargo.

Esto se publicó en una revista y después en un libro, pero nunca en los manuales escolares.

Al contrario de la novela, que es una prueba de resistencia, según señalaba Max Jacob, el poema es un juego de prestidigitación. Si con aliento demasiado corto para una carrera de fondo, no sabes desarrollar un relato, de la misma manera no entrarás en el círculo de los poetas imitando algunos giros. No sacarás las liebres de la chistera ni tampoco pondrás en su lugar unas palomas. Eso sí, a falta de magia, quedan al menos unos conejos guiados y unos pichones con guisantes. También esto es un verdadero placer.

Bucarest, 22.4.96

* * *

Sólo es noble la pasión. La razón de estado no vale más que la moraleja de un vodevil. Servilismo de animales domésticos. Mierda para el que la niegue. «Tu solo, alto amor, diriges el corazón de los hombres» (*Lusiadas*, canto III, estrofa 119). Si el interés domina a los perros, tú solo admites un vínculo más legítimo que los registros municipales, los ritos y los libros de familia, tu tiempo no puede medirse con una posición confortable, con bodas de plata, de oro, de uranio enriquecido. Esto se comprende bien ante las tumbas próximas de Inés y Pedro. Porque se había hecho desaparecer a su amada, serena y bellísima, reacciona entonces con el furor más sangriento. Lo comprendo. Comprendo que quieran masacrar e incendiar todos los pueblos a lo largo del Duero. Yo me entregaría a todas las excavadoras, y con bombarderos haría machacar a la soldadesca de los cuarteles, fusilaría a los generales y a éste y aquél les haría hundir el pecho y extraer el corazón para entregárselo a mis gatos mientras me ocupo de una comida exquisita. Y yo, sí, yo mismo orinaría sobre sus fax y sobre sus ordenadores. Y también te haría desenterrar para coronarte reina y obligar a besar tus pies deshechos a los seguidores de folletines, a los defensores de las virtudes burguesas, para que sientan en sus propias narices y en sus mezquinas inteligencias lo que significa la grandeza del amor y de una fidelidad más allá de vodeviles y de razones de Estado. Después te haría

inhumar en un amplio claustro cisterciense y te haría esculpir en un mármol muy blanco, bella y joven para siempre, rodeada de seis ángeles para servirte como a una diosa, sobre un sarcófago sostenido por seis de estos perros de rostro humano que han contrariado nuestro destino. Después me echaría sobre la misma piedra para estar cerca no sin antes haberte celebrado con una poesía, «muy sentida y elegante», en versos de once pies —o bien, como dice Bottom (*Sueño de una noche de verano*, Acto III, escena 1), «pongamos un pie de más para no asustar a nadie». A lo largo de los siglos nuestras tumbas verán desfilar a príncipes y turistas, curas y curiosos, y escucharán las palabras de pedantes e indiferentes que se preguntarán por qué él está rodeado de figuras piadosas mientras que a los pies de ella un Juicio Final separa a los que bajan por la garganta de un monstruo de aquellos otros que ascienden hacia una iglesia con cúpula mientras la sola diferencia entre ellos es que unos están desnudos y otros llevan túnicas un poco teatrales. La diferencia se debe probablemente a que la bella Inés conocía muy bien la escasa distancia que existe entre pecado y virtud, que a menudo no es sino falso pudor y cobardía. Ante su tumba no soy más que un simple visitante en una época prosaica. Por otra parte, si incluso tuviese la pasión de Don Pedro... Pero más vale una mujer viva, y que los excesos la hagan reír. No devastaré ni arrancaré el corazón a nadie. Vayamos más bien a un restaurante tranquilo. Me apetecería un pescado a la plancha.

Alcobaça, 27.XI.95

* * *

Aquí deslizan algunas poesías ante una virgen de yeso engalanada con pendientes y con un traje de adornos brillantes. Entre hileras de velas artificiales una luz eléctrica se enciende durante unos minutos y satisface en principio a la divinidad. Al otro lado del mundo, para hacer como los otros y tranquilizarse, dan vueltas en un remolino de plegarias, en otro lugar, se rebajan caminando a gatas o se degüella unos pollos.

No sé en qué divinidades creo, yo que alineo sólo palabras. Si tuviera que esforzarme en creer en algunos seres supremos elegiría a Hypnos y a ti, Mnemosyne, con la esperanza de que uno me reconfortaría del otro, y a la inversa. Pero los dioses antiguos no existen porque son pocos los que recuerdan sus nombres. Sin duda es más cómodo tener un solo Dios, con mayúscula. Es suficiente para despreciar al vecino que lo llama con otro nombre. Para el resto, la esperanza se dirige, antes que al templo donde se pide por la vida futura, al banco donde se administra la vida presente.

El tiempo es de oro, y a la inversa. No conviene perderlo, sino más bien ahogar con sueño todos los recuerdos inútiles, los contratiempos, los pesares, y mantener presente para siempre lo que realmente ha desaparecido. A falta de lo que siempre puede sacrificarse al presente, unirse a las hileras de turistas que caminan junto al mar, sentarse debajo de una palmera para comprar un helado o un refresco, para hacer como todo el mundo. La buena vida, ¡vaya!

Puerto de la Cruz, 24.VII.95

* * *

La plaza se desborda con oleadas de mirones hasta en las calles laterales. Con todos los tambores cubiertos y las trompetas, la banda toca un paso-doble lento. El ritmo hace cabecear a la Virgen vestida de fiesta con encajes y joyas, y al Jesús de estuco sobre su asno, y también marca el paso de los penitentes con sus vestimentas rojas de la sangre de todos sus pecados. Sólo dejan asomar los ojos bajo el capirote puntiagudo –no se sabe si una inquisición les ha condenado a la hoguera o si, por el contrario, son miembros de un clan amenazador.

En medio del sonido de trompetas y saxofones, el asno entra ya reculando en el interior de la catedral, y el jinete detenido en su gesto amistoso es aclamado por una muchedumbre que enarbola sus palmas y se mueve en un oleaje de crestas amarillas. El entusiasmo decae lentamente. Entonces el penitente más próximo retira su capirote. Es una joven muy maquillada, con labios y ojos pintados, con una sonrisa de pícara que tiene poco de arrepentida. Sólo entonces se ve que la huella del frío primaveral o acaso la excitación misma de la fiesta erizan bajo la ropa la punta de sus senos. ¿Cuántos marinos, cuántos capitanes, pobres pescadores, no estarían dispuestos esta tarde a perderse por los ojos de esta sirena?

Cuenca, 31 de marzo de 1996

* * *

Por ejemplo, la que un matrimonio a toda prisa –o demasiado pensado– le obligó a observar siempre desde la ventana el mismo paisaje, o bien aquel que con sólo levantar la cabeza localiza la Cruz del Sur como la constelación de Andrómeda –y entonces recuerdan a alguien o alguna cosa que dejaron atrás en las vueltas del camino, bajo el cielo de otra época. Ahora

sus cuerpos se hastían lo mismo que el corazón sin deseo (todo visto, todo hecho: nada visto, nada hecho). Y la fatiga del tiempo y de los trabajos se desploma sobre ellos. Pero los ojos, cuando miran la tierra a su alrededor, distinguen todavía la espalda morena del joven obrero que trabaja al sol o las piernas cruzadas bajo una falda corta en la terraza de un café. Sus ojos no han dejado que aquel tiempo se quede en la lejanía.

Los padres y los doctores bien pueden decir a sus nietos lo que fue la aparición de las primeras antenas de televisión o hablar con un auditorio respetuoso sobre Pound, Leiris y Beckett, que conocieron. Todo esto no tiene más realidad para ellos que para quienes escuchan. A veces sólo sus ojos guardan, todavía, la mirada de la infancia agazapada en un cuerpo sombrío que creen no merecer.

Valencia, IVAM, 28.6.96

* * *

Si se tiene que morir, podría elegirse uno de estos templos chinos, pues aquí la muerte y el más allá se presentan casi como una diversión. En lo alto de los tejados bullen unos dragones que no son más espantosos que los que enseñan las fauces en la puerta por la que pasan tanto los vivos como los muertos. Unas volutas de plantas y de bestias talladas en piedra se esconden sobre las columnas y desde el interior del agua de los estanques los pescados vivos responden con un indolente fuego de artificio. Incluso los monstruos con más garras y más contorneados resultan tranquilizadores, aunque no pretenden tranquilizar.

Entre bocanadas de incienso los visitantes aportan coles, cebollas, estoques o plátanos, toda suerte de ofrendas pues todos los dioses son vanidosos: quieren que se les adore, que se les colme de regalos y que se les ruegue. Éstos, sin embargo, parecen dotados de fantasía. Entonces un dios, desde su palio laqueado, acaso se ríe con cierta bondad ante alguien que le ofrece con precaución un montón tambaleante de pasteles dorados. Y ante la mujer que se inclina a saludarlo y a través de un vestido muy fino deja ver su grupa, él tiende sus manos en forma de copa hacia esta ofrenda femenina o hacia el roto reloj de arena de unos senos. Acaso.

Los dioses de aquí son bien reales. No envejecen. Cuando la pintura se agrieta, se recubre enseguida con nuevos colores. Mientras nosotros... Intentamos huir a más velocidad que el viento, pero la borrascosa arena golpea los rostros y deja surcos cada vez más profundos. Se dirá, sin embargo, que muertos somos como dioses, y que a los muertos también se